

**«Murió, como se dice, en el asalto»:
recursos biográficos en el arte polémica de Feijoo**

**“He died, as they say, in the assault”:
Biographical Resources in Feijoo’s Polemical Art.**

XAIME MARTÍNEZ MENÉNDEZ

IES Llanes

<https://orcid.org/0000-0003-0567-3477>

CESXVIII, núm. 34 (2024), págs. 65-85

DOI: <https://doi.org/10.17811/cesxviii.34.2024.65-85>

ISSN: 1131-9879

ISSNe: 2697-0643



Universidad de Oviedo



INSTITUTO FEIJOO DE
ESTUDIOS DEL SIGLO XVIII

RESUMEN

En esta investigación se estudia una parte no desdeñable del *ars polemica* —es decir, de la poética para la guerra literaria, que presentaba una serie de recursos y herramientas escriturales— del escritor benedictino Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764): la construcción (y deconstrucción) biográfica. La narración autobiográfica, la injuria, la hagiografía, el ataque *ad hominem* o la biografía ejemplarizante son algunos de los modos en que la polémica atraviesa el relato de la vida en el polemista benedictino. La unión inextricable de vida y polémica se verá en testimonios como el que el mismo Feijoo da de su amigo Martín Martínez, al cual «el villano desquite que abrazaron algunos de aquellos cuyos errores impugnaba Martínez [...] hizo tan profunda impresión en su noble ánimo, que le aceleró la muerte».

PALABRAS CLAVE

polémica, estudios polémicos, Feijoo, Martín Martínez, sociología de la literatura.

ABSTRACT

This paper studies a not inconsiderable part of the *ars polemica* -that is, the poetics for literary warfare, which presented a series of resources and writing tools- of the spanish Benedictine writer Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764): the biographical construction (and deconstruction). The autobiographical narrative, the insult, the hagiography, the ad hominem attack or the exemplary biography are some of the ways in which polemics cross the account of life in the Benedictine polemicist. The inextricable union of life and polemics will be seen in testimonies such as the one Feijoo himself gives of his friend Martín Martínez, to whom “the villainous retaliation embraced by some of those whose errors Martínez contested [...] made such a deep impression on his noble spirit that it hastened his death”.

KEYWORDS

polemics, polemic studies, Feijoo, Martín Martínez, sociology of literature.

Recibido: 7 de octubre de 2023. *Aceptado:* 11 de marzo de 2024.

El yo dieciochesco como tecnología polémica

En un conocido texto sobre las construcciones discursivas que rodean a la identidad en la época moderna, Michel Foucault acuñaba el concepto de *tecnología del yo* para referirse a aquellas que permiten «a los individuos efectuar [...] cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad» (1990: 48).¹

En un tiempo, como el Setecientos, que comienza a estar muy interesado por la regulación de la subjetividad, no resulta extraño que surjan discursos específicamente orientados a este aspecto: desde estructuras para el castigo y la vigilancia, como el famoso panóptico de Jeremy Bentham, hasta la conceptualización de la neurosis por parte de William Cullen en 1769, que es central en la construcción del yo moderno (v. López Piñero, 1985).

Lo que resulta significativo es que, si se invierte la propuesta de Foucault, se percibe cómo ese mismo yo, que comienza en el XVIII a ser determinado por estas matrices —es decir, que comienza a tratarse de un discurso sobre el yo—, se transforma a su vez en una *tecnología literaria*² puesta al servicio de diversos fines: ya fueran narrativos (la *Vida* de Diego de Torres y Villarroel) o, como nos interesa en este caso, polémicos. De este uso literario del nuevo yo de la Modernidad da cuenta la transición de la representación del escritor como abeja laboriosa, que liba en las flores antiguas, al de la araña moderna, que se alimenta de su propio ego, como ha estudiado Marc Fumaroli (2008) y que, bien entrado

¹ Debe tenerse en cuenta que Foucault entendía por *tecnologías* aquellas «matrices de la razón práctica [...] que los hombres utilizan para entenderse a sí mismos», y que las tecnologías del yo eran para Foucault solo unas de un grupo que comprendía otras tres: tecnologías de producción, tecnologías de sistema de signos y tecnologías de poder, que raramente aparecen de manera independiente (Foucault, 1990: 48). La palabra «matriz», por cierto, es la misma utilizada por Pierre Bourdieu para definir su concepto sociológico de *habitus* (1995: 143), lo cual es indicativo de hasta qué punto las tecnologías foucaultianas tienen un carácter social y, en consecuencia, histórico.

² El término *tecnología literaria*, procedente de la inversión del concepto foucaultiano, ha sido empleado por un estudioso de las polémicas, Antoine Lilti, precisamente en el mismo contexto que se plantea en este artículo (2007: 21).

el Romanticismo, John Keats define en una carta a Hamilton Reynolds: «casi todos los hombres pueden, como la araña, hacer surgir de su propio interior su propia ciudadela aérea» (como se cita en Fumaroli, 2008: 21).

Feijoo participó de la oposición entre el modelo del escritor como abeja y el escritor como araña —como he propuesto en otro lugar y como demuestran las comparaciones diversas que hacen entre el benedictino, los insectos y los arácnidos autores posteriores como Antonio de Goyeneche, Diego Antonio Cernadas y Castro o Emilia Pardo Bazán (Martínez Menéndez, 2023: 128-130)—, del mismo modo que participó de un modo muy relevante de la querrela europea entre antiguos y modernos a lo largo de toda su obra crítica. En consecuencia, no puede extrañarnos que lo biográfico constituyese una parte importante del repertorio de técnicas polémicas que manejó el polígrafo benedictino: lo que he denominado, anacrónicamente, como su *ars* o arte polémica.

El estudio formal y comparado de los intercambios polémicos no ha sido muy frecuente en los estudios literarios de las últimas décadas, si bien ha dejado recientemente algunos resultados notables: así, a pesar del poco análisis que han merecido tanto la polémica como la sátira —cuya dificultad para separarlas desde la genología supone uno más de los problemas en el análisis de esta modalidad discursiva—, y muy especialmente en los estudios acerca del siglo XVIII español³, lo cierto es que la aparición de lo que se han denominado *quarrel studies* (‘estudios polémicos’) en la academia europea ha cambiado hasta cierto punto el panorama.

Los *quarrel studies* tienen como objeto de estudio tanto las discusiones en su especificidad histórica como los aspectos retóricos de estas, y presentan como referencia principal, sobre todo en el ámbito francés, varias publicaciones colectivas (Ferreyrolles, 2006; Prochasson y Rasmussen, 2007) así como dos proyectos internacionales de los que da cuenta Helena Taylor en su estado de la cuestión de la Querrela de Antiguos y Modernos (2020: 3) y que tienen como centro la universidad francesa. En estos volúmenes pueden encontrarse estudios retóricos, más o menos orientados a la cuestión de la Querrela, escritos por autores como Gerard Ferreyrolles (2006), Béatrice Guion (2006), Antoine Lilti (2007) o Jean-Louis Fabiani (2007), que resultan muy útiles a la hora de comprender de un modo completo y coherente las técnicas polémicas que emplean Feijoo y sus contradictores en sus discusiones, es decir, a la hora de recomponer esa matriz de recursos para la disputa literaria que he denominado *ars polemica*.

³Francisco Uzcanga Meinecke, autor de una tesis doctoral sobre la sátira dieciochesca en el periódico *El Censor*, señala esta escasez bibliográfica y afirma que resulta aún más sorprendente dado que el Setecientos «es precisamente cuando la sátira alcanza dentro del conjunto de la literatura europea no sólo su punto álgido en cuanto a volumen sino también una nueva función» (2005: 10).

Por otro lado, desde el punto de vista del hispanismo, lo cierto es que los últimos años han dejado varias iniciativas y publicaciones de mucho interés en ese sentido, como el número 137 (2019) de *Criticón*, titulado *Controversia y producción escrita en la España moderna (siglos XVI y XVII)*, así como el volumen 33-2 de *Philologia Hispalensis*, centrado en *Disensos y controversias en las letras hispánicas* (2019). Entre ellos destaca, por su dedicación específica al Siglo de las Luces, el proyecto de investigación «Del Sujeto a la Institución Literaria en la Edad Moderna» (SILEM II). *Hacia la institucionalización literaria: polémicas y debates historiográficos* (1500-1844), cuyos resultados han aparecido en obras como el anejo 8 de *Dieciocho* (2021).

Los artículos publicados en este anejo —como, por ejemplo, los firmados por Joaquín Álvarez Barrientos (2021: 9-26), que trata acerca del papel desempeñado por las polémicas intelectuales en el XVIII en la construcción de una nación española, o Rosa María Aradra (2021: 27-60), que aborda específicamente las polémicas literarias dieciochescas y sus consecuencias historiográficas— propusieron una visión general de la polémica ilustrada que el presente estudio aspira a completar mediante el análisis, a un tiempo formal e individual, de ese encuentro particularmente dieciochesco entre los discursos sobre el yo y los recursos polémicos de Benito Jerónimo Feijoo. Al reconstruir la *competencia polémica* de este autor desde el punto de vista de lo *biográfico*, en el sentido de gramática implícita que le permitía discutir con sus contemporáneos, resulta mucho más clara la vinculación fuerte que existió en ese momento —y que aún existe— entre individualidad y posición en el campo literario.

Vidas cruzadas en el Siglo de las Luces

El principal de los modelos retóricos para la disputa literaria que poseían los ilustrados —y particularmente los formados, como Feijoo, en la escolástica más ortodoxa— fue la *disputatio*. La *disputatio* constituyó, junto con la *lectio*, el principal rito didáctico e investigador de los eruditos en las universidades medievales, y consistía en un debate de viva voz entre escolásticos regido por unas reglas retóricas relativamente estrictas. Françoise Wacquet la define como «à la fois une méthode scientifique, une méthode d'enseignement et une méthode d'apprentissage» (como se cita en Lilti, 2007: 17). A pesar de que los automatismos de la universidad medieval desaparecieron progresivamente en la época moderna —Antoine Lilti recuerda que a partir del siglo XVII, «le genre de la dispute savante orale devint résiduel et fut réservé à certains exercices pédagogiques, sans véritables enjeux savants» (2007: 17)—, lo cierto es que tenemos

una señal de que la *disputatio* influyó notablemente en los modos de polemizar en la República de las Letras aun en siglos posteriores: la obra incompleta del filósofo decimonónico Arthur Schopenhauer *El arte de tener siempre la razón. La dialéctica erística*, publicada póstumamente en 1864.

Este librito de Schopenhauer proponía, en tono irónico, una serie de reglas derivadas de la dialéctica escolástica que, a su vez, procedía de los *Tópicos* aristotélicos, lo que debía permitir ganar a cualquier intelectual una discusión literaria. «La dialéctica erística» nos dice Schopenhauer, «es el arte de discutir, pero discutir de tal manera que se tenga razón tanto lícita como ilícitamente —por *fas* y *nefas*»— (2011: 59). Schopenhauer, por tanto, concebía (aun irónicamente) un campo literario en el que eran útiles unas reglas de disputar autónomas (esto es, inmanentes).

Lo que resulta de interés para este artículo es que Feijoo reflexionó en varios lugares de su obra en términos muy similares y basándose en los mismos referentes escolásticos. Parafrasea, en el discurso «De lo que conviene quitar y poner en la lógica y metafísica», precisamente al Antiguo René Rapin. El jesuita Rapin, a quien cita literalmente, se refería al modo que tienen los españoles de tratar la dialéctica:

Los españoles, dice, que son los maestros de los demás pueblos en materia de reflexiones, refinaron tanto sobre la lógica en el siglo pasado, que alteraron la pureza de la razón natural por la sutileza de sus raciocinios, arrojándose a especulaciones vanas y abstractas, que nada tenían de realidad. Sus filósofos hallaron *el arte de tener razón contra lo que dicta el buen juicio*, y dar no sé qué color especioso a lo que más dista de lo razonable. No era en examen de las cosas mismas donde apuraban el discurso, sino en los conceptos, y en los términos (TC, VII, 12, 6, el énfasis es mío).

Nótese la coincidencia casi absoluta entre la frase de Rapin que cita Feijoo y el título del tratado de Schopenhauer. Las polémicas literarias no son ejemplos de dialéctica, obviamente, ni tampoco derivan de manera directa de la disputa escolástica que se practicaba aún en las universidades españolas en las que Feijoo fue alumno y profesor —se conservan, de hecho, tanto su hoja de grado como estudiante como sus *disputationes* de maestro de pasantes en Lézé, que San José Vázquez ha descrito (2020: 564-565)—. Y sin embargo, es difícil no percibir en las críticas de Feijoo a la institución de la *disputa universitaria* un tono muy similar al que encontramos en los textos metapolémicos de Modernos como La Motte o Fontenelle en los que estos trataron de construir un ideal de «urbanidad» para las discusiones futuras, o en las críticas a la sátira de Cadalso

o Jovellanos. Así se percibe en su discurso «Abusos de las disputas verbales», en que continúa con su crítica a este modo de disputar de la universidad española:

He oído, y leído mil veces (mas ¿quién no lo ha oído, y leído?) que el fin, si no tal, primario de las disputas escolásticas es la indagación de la verdad. Convento en que para eso se instituyeron las disputas; mas no es ese por lo común el blanco a que se mira en ellas. Dirélo con voces escolásticas. Ese es el fin de la obra; mas no del operante. O todos, o casi todos los que van a la aula o a impugnar o a defender llevan hecho propósito firme de no ceder jamás al contrario, por buenas razones que alegue. Esto se proponen y esto ejecutan (TC, VIII, 1, § I, I).

En consecuencia, las ideas de Schopenhauer sobre los modos modernos de disputar pueden servirnos para tamizar el material grueso de las polémicas intelectuales en las que intervino Feijoo, especialmente en lo relativo a la importancia de lo biográfico en ellas, puesto que como sugería el filósofo alemán, el uso de reglas en la propia polémica surge de un *yo* específico: «Nuestra vanidad congénita, especialmente susceptible en la capacidad intelectual, no quiere aceptar que lo que sostuvimos como verdadero resulta falso, y que lo verdadero sea lo que sostuvo el adversario» (2011: 59).

Así, a partir de las ideas metapolémicas de Schopenhauer y del propio Feijoo, que pueden encontrarse en varios de los prólogos —apologéticos o no— a sus obras, así como en discursos ya mencionados como «De lo que conviene quitar y poner en la lógica y metafísica» (TC, VII, 12) o «Abusos de las disputas verbales» (TC, VIII, 1), he clasificado los usos de lo biográfico como tecnología polémica dieciochesca en las siguientes tipologías: el demasiado ardor, los motivos espurios, el lance patético, la *captatio benevolentiae* y los dicterios.

El demasiado ardor

El propio Feijoo lo propone como uno de los tipos de «abusos» que cometen quienes realizan disputas (en principio, escolásticas) en «Abusos de las disputas verbales» (TC, VIII, 1):

Los primeros son aquellos *que disputan con demasiado ardor*. Hay quienes se encienden tanto, aun cuando se controvierten cosas de levísimo momento, como si peligrase en el combate su honor, su vida y su conciencia. Hunden la aula a gritos, afligen todas sus junturas con violentas contorsiones, vomitan llamas por los ojos. Poco les falta para hacer pedazos cátedra y barandilla con los furiosos golpes de pies, y manos: ¿qué se sigue de aquí? Que «furor, itaque mente praecipitant»; que

llegan a tal extremo, que ya no sólo los asistentes no los entienden, mas ni aún ellos se entienden a sí mismos. ¿Conviene esto a la gravedad de los profesores? ¿Corresponde a la circunspección y modestia propias de gente literata? (TC, VIII, 1, 6, el énfasis es mío).

Se entiende que este ardor excesivo es de orden biográfico por cuanto supone una implicación personal en la discusión —el polemizante imagina que peligra «en el combate su honor, su vida y su conciencia»—, una discusión que trasciende lo intelectual al aportar elementos de la vida interior del individuo a la disputa. Esta fue una de las acusaciones tradicionales contra los métodos de disputa de Feijoo (a quien se le exigía una templanza ejemplar por su condición de religioso) y también contra sus contradictores. Precisamente, por sus características, esta tecnología polémica suele concurrir a la vez que el dicerio o ataque *ad hominem*, que estudiaremos más abajo.

De hecho, la cuestión sobre si este carácter ardoroso de Feijoo era o no una tacha en su personalidad constituye uno de los elementos en disputa a la muerte del benedictino, como he estudiado en otro lugar (2023: 71 y ss.). Así, el panegirista Eladio Novoa tratará de reconducir el relato de la vida de Feijoo cuando afirme que, si bien «puede notarse que en dos ocasiones arguye este modestísimo sabio con más valentía, se explica con mayor fortaleza, y usa de expresiones tan vivas que, a primera vista, parece que no están desnudas de amargura y acrimonia», lo cierto es que en el fondo no «falta a la caridad ni pierde la amabilidad de su corazón» ([1765]: 33). En otro momento, el panegirista llega a afirmar que, de hecho, «las expresiones vivas y fuertes con que se defendió Feijoo le hicieron más amable de todos los juiciosos», lo cual se demuestra porque «le hicieron recomendable delante del justo rey don Fernando VI» ([1765]: 34). Pedro Rodríguez de Campomanes, por su parte, en la «Noticia» que se le atribuye, es algo más realista que Novoa cuando afirma que «no pudo ser tan templado en las obras apoloéticas este célebre benedictino, con proporción a la humanidad y bondad de su genio» (1765: XXI).

Hay ejemplos muy notables de esta tendencia del *ars polemica* feijoniana en el primero de sus grandes escritos polémicos, la *Ilustración apoloética* (1729) contra el *Antiteatro crítico* de Salvador José Mañer. Por citar un ejemplo, en su «Prólogo al lector» Feijoo describe la argumentación de Mañer como «una ilusión de inocentes, un coco de párvulos, una fábrica en el aire, sin fundamento, verdad ni razón» (IA, «Prólogo al lector»).

Esta misma incursión personal en la discusión aparecerá en otros lugares de su obra, particularmente cuando Feijoo considera que su contradictor ha *desenfundado* primero. Sabemos, gracias a la edición de la poesía de Feijoo realizada

por Rodrigo Olay Valdés (2019), de la continuidad de sus temas ensayísticos en su obra poética, y su repertorio polémico no es una excepción en este sentido: así, el poema satírico «A un romance que no es romance ni latín de un poeta que no es poeta ni orador» bien puede ser un ejemplo de ello, puesto que dice del texto en el que se le atacaba que «salió de los pies el pobre / zambo, cojo, patituerto» (vv. 25-26).

Este recurso presenta una variación muy interesante, que es cuando se utiliza para darle la vuelta a la apología mediante una acusación de excesivo ardor: así, en la «Respuesta al “Discurso fisiológico-médico del Dr. D. Francisco Dorado” por el R. P. Mro. Fr. Benito Feijoo» [1727], este detiene con sutileza su argumentación, en un momento dado, para decir: «y ya que le encuentro a V. Md. tan benigno, le pondré delante de los ojos los excesos en que prorrumpió su enojo en todo el discurso de su escrito, y que se pasaron por alto a los doctísimos aprobantes; porque esos raptos de la ira no le tienen a V. Md. conveniencia».

Un ejemplo final del *demasiado ardor* puede encontrarse en la *Justa repulsa* (1749), en que respondió Feijoo a su enemigo Francisco Soto Marne. Así, en el prólogo alcanzará a decir el benedictino:

Digo, pues, que este es el más miserable escrito de cuantos hasta ahora parecieron contra mí. Esto por cuatro capítulos: primero, por su irrisible estilo; segundo, por su groserísima dicacidad; tercero, por sus contradicciones; cuarto, por sus insignes y frecuentes imposturas. ¿Pero es posible, dirá V. Md., que obra compuesta por un cronista general de la Religión Seráfica abunde de tan enormes vicios? Sí señor; es posible y es existente. Y no me atreviera a afirmarlo con tanta seguridad si no pudiese probarlo con la mayor evidencia. ¿Qué quiere V. Md.? Sale tal vez un monstruo de la matriz de donde menos se esperaba (JR, «Prólogo»).

En el párrafo segundo, dedicado al estilo de Soto Marne, continuará con estos ataques surgidos del demasiado ardor: «Este [el estilo del franciscano] es el más infeliz y despreciable del mundo; lo cual consiste en que, queriendo a cada paso elevarse al elegante y culto, para lo cual ciertamente no le hizo Dios, con la misma frecuencia cae en el extravagante y ridículo» (JR, «Prólogo», § II).

Los motivos espurios

Este recurso polémico-biográfico se fundamenta en cuestionar no la argumentación contraria *per se*, sino las causas que originan el escrito, que para Feijoo suelen ser dos: la necesidad o la envidia. El primero de ellos queda expuesto en el prólogo al segundo tomo del *Teatro crítico*:

Los que por defender las facultades que profesaban y que consideraban agraviadas escribieron contra mí con tanto *ardor* manifestaron hacer demasiada estimación de mi pluma en el concepto que formaron de que esta era capaz de arruinar los créditos de su profesión: de estos no me quejo (aun comprendiendo los que más se destemplaron), porque donde *el honor de la facultad y el interés de la persona* mueven la pluma, le dan tan recio impulso que la arrojan mucho más allá de la raya que señala la decencia (TC II, «Prólogo», 1, el énfasis es mío).

En el número siguiente introduce la otra causa posible de los escritos polémicos, la envidia, que para el beneditino es mucho más grave: «a quienes no disculpo, aunque los perdono, es a aquellos que en sátiras anónimas vertieron su saña, sin más motivo que el ver celebrada mi obra. ¡Oh, envidia, monstruo de tan infelices ojos, que no el humo, sino la luz, te saca lágrimas!» (TC II, «Prólogo», 2).

Vuelve Feijoo sobre esta cuestión en el «Prólogo apologético» al tercer tomo del *Teatro crítico*:

No creo yo, ni creyeron otros, que este hombre estuviese tan ciego que no previese todo esto; y así se discurrió entre muchos cortesanos que *el motivo que tuvo para escribir fue muy diferente del que suena*. Los que incurrieron la temeridad de adivinar el autor pensaron muy maliciosamente sobre el caso, atribuyéndolo a *emulación y envidia*. Otros, procediendo sobre el mismo supuesto, encontraban en la publicación de aquel escrito cierta *política*, aunque soez, astuta, conque se procuraba la reputación y despacho de otros (TC III, «Prólogo apologético», 16, el énfasis es mío).

Nótese que en este fragmento, en el que reflexiona sobre las críticas que siguieron a la exposición de sus ideas sobre Savonarola, se añade una tercera posibilidad para los motivos espurios: la política. Debe recordarse que la voz *política*, en la época en que se escriben estos textos, significa tanto ‘el gobierno de la república, que trata y ordena las cosas que tocan a la policía, conservación y buena conducta de los hombres’ como ‘la cortesía y buen modo de portarse’, como nos revela el *Diccionario de autoridades* (RAE, 1737). Así, bien podría el beneditino referirse a la falta de urbanidad de su contradictor, aunque en este caso todo sugiere que se utiliza el término en la primera de las acepciones recogidas en *Autoridades*.

El mecanismo polémico, en todo caso, es muy similar: «el motivo que [su contradictor] tuvo para escribir fue muy diferente del que suena». Hay, casi podríamos decir, una escatología de la disputa, por cuanto imagina Feijoo un más

allá de las intenciones y, al hacerlo, reconstruye a la persona —no al autor— que quiso contradecirlo.

Un ejemplo interesante de este procedimiento retórico lo encontramos en el prólogo al tomo quinto del *Teatro*, cuando se describe una obra «en cuya producción se disputan quién tuvo más parte: la rusticidad, el furor, la ignorancia, el odio, la impostura», para a continuación preguntarse: «¿Qué juicio se puede hacer por estas señas de sus autores? ¿Que les faltó crianza y les sobra malicia? No, por cierto; sino que los cegó una rabiosa impaciencia de ver descubierta su profunda ignorancia a las luces de la Ilustración: “Iratatus, nihil nisi crimina loquitur”, dijo Séneca el Trágico» (TC V, «Prólogo al lector»). En este caso, según el benedictino, la polémica no surgiría de una intencionalidad ocultada voluntariamente, sino de unos autores que se desconocen a sí mismos, y que, en consecuencia, manifiestan una «rabiosa impaciencia» al ver expuesta su «profunda ignorancia».

Cabe añadir a esta recopilación de motivos espurios uno más, que tiene un origen plenamente socioliterario y que aparece con mucha frecuencia en el corpus polémico que se estudia aquí: la adquisición de capital simbólico o, dicho de otra manera, el ascenso en la jerarquía de las letras. En múltiples ocasiones, Feijoo da a entender que sus contradictores no se dirigen a él por un interés puramente intelectual en impugnar sus escritos, sino que pretenden *devenir escritores* mediante la discusión con una figura muy respetada en el campo de la literatura.

Así, el benedictino sabe que responder a un oponente implica darle carta de naturaleza a causa de su posición central en el campo. Acabará por ello su carta «Respuesta al Rmo. P. M. Fr. Raimundo Pascual en asunto de la doctrina de Raimundo Lulio», con la que pretendía cerrar la polémica luliana iniciada ocho años antes, diciendo que no desea extenderse más porque «eso de componer un libro entero para impugnar otro libro se debe dejar para los que no pueden darse el baño de autores de otra forma» (CE, III, 26, 87).

Del mismo modo, en el prólogo a la *Ilustración apologética* —escrito con que respondió al primer tomo del *Antiteatro crítico*, una obra del periodista Salvador José Mañer que pretendía ser una impugnación a la totalidad de su obra— afirmaba el benedictino en términos similares: «Otro me avisaba que conocía a dicho Mañer, pero le conocía por un pobre Zoilo que nunca había hecho ni podría hacer otra cosa que morder escritos ajenos: recurso fácil y trivial para que en el concepto de ignorantes hagan representación de escritores aquellos a quienes Dios negó los talentos necesarios para serlo» (IA, p. XXIV).

De igual manera, en una interesante carta metapolémica del último tomo de las *Eruditas* titulada «Da el autor la razón por qué habiendo impugnado mucho

sus escritos, o alguna parte de ellos, respondió a unos y no a otros» afirmaba que «de aquí [de la facilidad para responder a escritos polémicos en el contexto de la República de las Letras] *viene meterse a escritores algunos que nada son más que meros escribientes*. De aquí viene salir al público con capa de crítica algunos impresos donde es un borrón cada letra, sin que haya alguno tan desdichado que no halle muchos que le aplaudan» (CE, V, 22, 2, el énfasis es mío).

Estos ejemplos nos reafirman en la idea de que uno se representa como autor *contra algo* en el campo literario del Setecientos, esto es, por medio de la polémica: la única definición posible en el mundo de las letras es una definición negativa, por lo que uno *no* es. Feijoo detecta estos motivos espurios en sus contradictores y sabe que su sola atención vale para crear en un contradictor a un verdadero adversario o, por decirlo con sus mismas palabras, para transformar a un *escribiente en escritor*.

El lance patético

En una de las cartas incluidas en el segundo tomo de las *Eruditas*, titulada «Sobre los sistemas filosóficos» y dedicada a criticar la sistematicidad en la filosofía y la ciencia en favor de empirismo, cita Feijoo una frase de un correspondiente que narraba de un modo bastante dramático la influencia que las mismas polémicas tuvieron en la vida (y acelerada muerte) de su amigo común, el médico y renovador de la anatomía Martín Martínez:

La memoria que V.E. me hace del doctor Martínez no solo renueva, pero agrava, mi dolor en asunto de su muerte, porque aquella expresión de V.E. «este glorioso ingenio fue víctima que la ignorancia consagra a su obstinación, o murió, como se dice, en el asalto», si no yerro su inteligencia, significa que el villano desquite que abrazaron algunos de aquellos cuyos errores impugnaba Martínez, de oponer injurias a razones, hizo tan profunda impresión en su noble ánimo que le aceleró la muerte; y aunque no ignoraba yo cuánto se ensangrentaron en él la envidia y la ignorancia, estaba muy lejos de pensar que hubiese inspirado tanta aflicción en su espíritu lo que sólo merecía su desprecio. Y no menos distante me considero de la gloria que V.E. me atribuye de haber conseguido el triunfo a que no pudo arribar Martínez, siendo, a mi parecer, la única distinción que puedo arrogarme el que si Martínez murió en el asalto, yo me mantengo sin herida alguna en la brecha (CE II, 23, 27).

El uso de anécdotas personales para justificar no solo los argumentos empleados en una disputa literaria, sino la misma manera de disputar —que puede

llegar, supuestamente, a ocasionar la muerte— es uno de los recursos polémico-biográficos más interesantes que emplean Feijoo y sus contemporáneos. Muchas veces, por supuesto, estos lances patéticos constituyen lo que en retórica se suele denominar una *pendiente resbaladiza* («slippery slope») al sugerir que una acción da pie a una sucesión de eventos que culminan en un evento posterior predecible y desastroso, sin por ello dejar claro, por el camino, las conexiones causales: por ejemplo, suponer que a Martín Martínez le causaron su muerte temprana unas polémicas literarias o científicas.

Como ya se ha visto más arriba, muchas de las decisiones polémicas — mejor sería decir, quizás, polemológicas— de Feijoo han tratado de explicarse, a su muerte, como fruto de una condición biográfica determinada, de un lance concreto: su enfrentamiento con Soto Marne, Mañer y el grupúsculo oscuro que escribía a su sombra; su relación con la orden benedictina, la protección que recibe por parte de la corona, etc., y esta misma confrontación por sellar el relato de la vida de Feijoo obedece a este principio.

Pedro Rodríguez de Campomanes, en el escrito biográfico sobre Feijoo que se le atribuye y con el que abrió las *Obras conjuntas* del benedictino («Noticia de la vida y obras...»), justificaba, como ya se ha visto, el tono un punto acre y vehemente de las obras apoloéticas de este por una ofensa previa («las sátiras y personalidades descompuestas» faltas de «fundamento»), haciendo de su escritos polémicos una «necesidad»:

El torrente de émulos que se levantaron contra el *Teatro crítico* le obligó no solo a valerse de la poesía para combatir una u otra vez a sus impugnadores, como se ha visto en el catálogo de las obras poéticas; ejerció también su pluma en prosa con bastante fuerza. Hacíale demasiada impresión la contradicción ajena. Es verdad que sufrió muchas de sus impugnadores, tan faltas de fundamento, cuanto cargadas de sátiras y personalidades descompuestas.

Ensayóse muchas veces por necesidad en este género de escritos, que no dejan de ser harto difíciles, si han de hacerse leer agradablemente, rebatir con propiedad al adversario, poner en claro la opinión propia, y dejar en salvo las personas, como el decoro debido lo pide (1765: XXI).

La captatio benevolentiae

La estratagema número 31 de las listadas por Schopenhauer es muy relevante para pensar este punto, que no coincide por entero con el recurso de la retórica clásica del que he tomado su denominación:

Cuando no se sabe oponer ningún argumento frente al del adversario, se puede declarar con fina ironía incompetente: «Lo que usted dice supera mi débil capacidad de comprensión; desde luego será cierto, pero no lo puedo entender y renuncio a cualquier juicio». Con esto se insinúa que se trata de algo insensato. Muchos profesores de la vieja escuela ecléctica, al aparecer la *Crítica de la razón pura* afirmaron: «No entendemos nada de esto», y con ello pensaron que la habían demolido. Pero cuando algunos profesores de la nueva escuela les mostraron que tenían razón y que no la habían comprendido, cambiaron de humor (2011: 73).

La biografía se incorpora a la polémica, en este caso, para declararse a uno mismo como inhábil, para sustraerse delicadamente de la discusión y cambiar de tema. Este procedimiento, como sabrá cualquier lector de Feijoo, es bastante habitual en su obra apologética, y la sutil ironía que refiere Schopenhauer nos da cuenta de lo intrincado del recurso, que parece difícil pensar fuera de la cultura dieciochesca. Por ejemplo, en el «Prólogo apologético» al tercer tomo del *Teatro crítico*, dice Feijoo:

¿Pero a quién persuadiré que yo, inconstante en la filosofía entre Aristóteles y Descartes, «ya aristotélico soy, ya cartesiano»? ¿Yo cartesiano, ni siempre, ni a tiempos? ¿No están viendo todos que en ninguna parte de mis escritos encuentro con Descartes, que no le impugne a viva fuerza? Danse la mano el furor y la ficción: solo un hombre a quien el furor tiene fuera de sí fingiera en una materia donde está tan patente la verdad (TC III, «Prólogo apologético»).

Este prólogo, dirigido al lector y en el que el beneditino se ocupaba de la cuestión de la ortodoxia de Girolamo Savonarola, respondía a las impugnaciones de intelectuales cercanos a la orden dominica, como Jaime de Ardanaz y Centellas, quien en su *Tertulia histórica y apologética* [1728] se había opuesto a la visión que Feijoo había dado del asunto anteriormente. En el «Prólogo apologético», en cualquier caso, encontramos más ejemplos del uso particular que Feijoo hace de la *captatio benevolentiae*: así, unas líneas más adelante aduce que «por lo que mira a la cuestión de Savonarola, puedo asegurar que no me intereso en ella poco, ni mucho: en una línea del pasaje mismo que me acusa he dicho cuanto ha dicho después el apologista, y cuanto se puede decir a favor de este religioso» (TC III, «Prólogo apologético»)

Los contradictores del beneditino se fijarán con posterioridad en este punto. Así, Salvador José Mañer en su «Discurso preliminar sobre “El prólogo apologético” del tomo III del *Teatro crítico*», que abre el segundo tomo de su *Antiteatro*, verá en la *captatio benevolentiae* con que se inicia el «Prólogo

apologético» una muestra de la vanidad de Feijoo, que, según Mañer, supone que «está el pueblo en oración esperando la llegada de su libro; que los menos devotos se hallan tántalos de este deseo para lograr el fruto de sus obras, y todos con la boca abierta están aguardando sus escritos para aplaudírselos. ¡Válgate Dios por vanidad, y cuán levantada de penacho se descubre!» (1731: 1-2)

Del mismo modo, en la disputa con los lulistas que Feijoo comienza a partir de 1742 —y en la que en diversas ocasiones defenderá su derecho a opinar sobre la obra de Ramon Llull sin haberlo leído—, Feijoo utilizará variantes de esta técnica polémica: así, en un momento dirá que «no una vez sola me echan los lulistas en la cara que yo me he metido en impugnar lo que ignoro. Y yo les confesaré gustoso que no me he malbaratado tiempo alguno en estudiar el *Arte de Lulio*» (CE, II, 13, 70). La ficción de la propia ignorancia, en suma, opera como una tecnología polémica elaborada y capaz de desestabilizar una discusión en favor de uno de los contendientes.

Los dicterios

Finalmente, en esta categoría he reunido lo que Feijoo identifica como el segundo de los abusos de los polemistas:

El segundo abuso, que se da mucho la mano con el primero, *es herirse los disputantes con dicterios*. En las tempestades de la cólera, pocas veces suena tan inocente el trueno de la voz que no le acompañe el rayo de la injuria. Es dificultosísimo en los que se encienden demasiado regir de tal modo las palabras que no se suelte una o otra ofensiva. El fuego de la ira también en esto se parece al fuego material, que comúnmente es denigrativo de la materia en que se ceba. Es esta sin duda una intolerable torpeza en hombres doctos, o que hacen representación de tales.

No digo yo que se oigan en las aulas injurias que inmediata y expresamente toquen en las personas. Esto o rarísima vez, o ninguna sucede. ¿Pero qué importa? Se oyen frecuentemente desprecios de la doctrina y estos de resulta *caen sobre la persona* (TC VII, 8, 10-11, el énfasis es mío).

Este ataque *ad hominem* es, como es natural, el modo más claro en que el yo (del otro) y la polémica se entrelazan. En cierto sentido, es la contraparte de la figura del *demasiado ardor*, y por ello muchas veces aparece junto a esta: donde aquella suponía un ingreso de los elementos personales de quien emite el mensaje polémico en la discusión, esta conlleva una atracción de la personalidad del receptor hacia la disputa. Para Schopenhauer, los dicterios, de hecho, son la base de toda dialéctica: uno de los dos modos de esta es el «ad hominem o ex

concessis», cuando «demostramos que la tesis no se adecua a la naturaleza de las cosas, la verdad objetiva absoluta, o no concuerda con otras afirmaciones del adversario; es decir, con la verdad subjetiva, relativa» (2011: 62).

Más adelante, en su estratagema 16, Schopenhauer desarrolla más su argumento al respecto de la importancia de este tipo de recursos polémicos:

Si el adversario hace una afirmación, es necesario preguntarse si esto no está, aunque solo sea en apariencia, en contradicción con algo que anteriormente dijo o aceptó, con los principios de una escuela que ha elogiado, o con el comportamiento de los miembros de esa escuela, aunque solo sea de los miembros no auténticos o aparentes, o con la misma conducta del adversario. Si, por ejemplo, defiende el suicidio, de pronto se le grita: «¿Por qué no te cuelgas?». O si afirma que Berlín es una ciudad incómoda, se le grita de pronto: «¿Por qué no te vas inmediatamente con la primera diligencia?». Siempre será posible hallar alguna forma de vejación (2011: 68).

Esta herramienta aparece muy a menudo en las polémicas feijonianas, tanto en manos del mismo Feijoo como de sus defensores y contradictores. La cuestión de la concordancia con los restantes miembros de la escuela defendida es, de hecho, uno de los grandes motivos de disputa en el caso de la polémica luliana: esta trata más del lulismo y de los lulistas, cuya sincera adhesión a las teorías del beato mallorquín pone en cuestión Feijoo, que del mismo Lull. Por último, la estratagema 38 propone una distinción muy sutil entre los dos tipos de argumentos *ad hominem* que distingue Schopenhauer:

Cuando se descubre que el adversario es superior y que no nos dará la razón, se adoptará un tono ofensivo, insultante, áspero. El asunto se personaliza, pues del objeto de la contienda se pasa al contendiente y se ataca a la persona. Pudiera llamarse *argumentum ad personam*, para distinguirlo del *argumentum ad hominem*. Esta regla es muy popular y se emplea con frecuencia. Pero es necesario preguntarse qué contrarregla puede emplear la parte contraria, pues, si quiere pagar con la misma moneda, se llegará a una riña, un duelo o un proceso por injurias.

Nada supera para el hombre la satisfacción de su vanidad y ninguna herida duele más que las que se infligen a ésta. Esta delectación de la vanidad proviene de la comparación con los demás en todos los aspectos, pero especialmente en los referentes a la capacidad intelectual. Esta comparación tiene lugar de manera efectiva y violenta en las controversias. De aquí el furor del derrotado, y de aquí que se acoja a esta última estratagema, sin que se pueda evitar con simple gentileza por nuestra parte. Tener sangre fría puede ser de enorme utilidad en estas ocasiones si, cuando

el adversario pasa a los ataques personales, uno responde con calma que eso no tiene nada que ver con el tema discutido y retorna a éste y continúa demostrándole que no tiene razón, sin prestar atención a sus ofensas (2011: 75-76).

Son múltiples los ejemplos que se pueden poner de esta tipología de recurso en la obra polémica de Feijoo, tanto en su variante más formal (*ad hominem*) como personal (*ad persona*), según la clasificación de Schopenhauer. Por ejemplo, en el papel anónimo titulado *Carta gratulatoria* (1726) —atribuido a Feijoo (Martínez Menéndez, 2023: 207)—, el autor se ríe del anciano y conservador médico Pedro de Aquenza, que había escrito antes de la polémica médica un libro sobre la sangría titulado de *De sanguinis missione*:

Algún grande enfado le había hecho a vuestra merced Nebrija cuando escribió aquel librito, pues no hay cláusula donde sus reglas no lleven alguna cuchillada. Pero el libro es un prodigio, y tiene la particularidad de que, tratando solo de la sangría, es admirable para un día de purga. Yo he curado mas hipocondriacos con él que con todos los cientos de Galeno; porque a dos cláusulas de él que les lea, si saben latín, sueltan la carcajada, y va la melancolía con mil demonios.

Este fragmento nos permite percibir que el funcionamiento de los dicterios, en el caso de Feijoo y sus contemporáneos, no es fruto exclusivamente de la percepción de que «el adversario es superior y de que uno no va a ganar», como afirmaba el filósofo alemán, sino de una manera bastante codificada de relacionarse en el campo literario de la época mediante la sorna, la ironía y una creatividad injuriosa, en las que, por cierto, Feijoo se desenvuelve de una manera extremadamente hábil.

Del mismo modo, percibimos esta habilidad para el insulto en el «Prólogo al lector» del tomo quinto del *Teatro*, donde se justifica además por las «imposturas, dicterios y chabacanismos» proferidos primero por sus contradictores:

Ya sabes que muchos días ha hicieron liga contra mis escritos unos (no sé cómo los llame) unos pobres de la República Literaria, de estos que cuando quieren hacer algún papel en el mundo, su miseria los precisa a andar por las puertas y zaguanes de los libros —los índices quiero decir— mendigando harapos de noticias y cosiéndolos con imposturas, dicterios, y chabacanismos: venden después al rudo vulgo, como tela de algún precio, lo que puesto en la mano de cualquier docto, al primer tirón descubre ser mera podredumbre. Por tales manos, y con tales medios, se forjaron casi todas las impugnaciones que hasta ahora parecieron contra mí, especialmente la que poco más ha de tres años produjeron sus autores debajo de

título sonante, como quien dice al público al presentarle el plato: «esta es liebre»; pero luego se vio que era gato, gozando todos un desengaño clarísimo de las infinitas nulidades de aquella obra con el beneficio de mi *Ilustración Apologética* (TC V, «Prólogo al lector»).

Por último, podría citarse como ejemplo de esta figura del discurso polémico feijoniano su respuesta a las críticas de Soto Marne en la *Justa repulsa*, que como se ha visto en el apartado dedicado al *demasiado ardor*, tiene un tono particularmente furibundo. Este texto se extiende también al ataque al propio franciscano, a quien se acusa de ser incapaz de escribir rigurosamente las crónicas de su orden a juzgar por el modo de impugnar al benedictino, y se lo compara en consecuencia con un *poeta*, esto es, con un fabulador como Ludovico Ariosto pero sin gracia, o con un escritor de subliteratura (novelas de caballerías, etc.):

Esta insigne impostura [la de hacer pasar a Feijoo por plagiarlo], junta con las muchas que hemos visto antes y las muchas más que veremos después, nos representa en el P. cronista un nuevo Turpin o un nuevo Ariosto; aunque con esta diferencia: que Ariosto puso sus ficciones en buen verso y con mucha gracia; el P. cronista puso las suyas con mucha desgracia y en mala prosa. ¿Qué verdades históricas podremos esperar de él, si prosigue la crónica de su gran Religión? Tendremos, sin duda, en lugar de ellas cuentos de Caladinos, aventuras de caballeros andantes, consejas de viejas. Quien vio los *Anales* del gran Wadingo y vea cómo prosigue el P. Soto Marne, ¿qué dirá? Dirá:

¡O quantum haec Niobe Niobe distabat ab illa! (JR, § VIII, «Reflexión IV»).

A modo de conclusión

Como es razonable si se tiene en cuenta que Feijoo es continuador del modelo de ensayo inaugurado siglo y medio atrás por Michel de Montaigne, el *yo* ocupa en la ensayística de Feijoo un lugar notable; y su labor polémica no está exenta de esta determinación biográfica. A lo largo de su obra apologética —que, en un sentido débil, bien puede ser toda su obra— se entretajan de un modo muy complejo los recursos polémicos y la narración del *yo*: como se ha visto, estrategias o tecnologías polémicas como las que se han denominado el *demasiado ardor*, los motivos espurios, el lance patético, la *captatio benevolentiae* y los dicterios tienen un fundamento claramente biográfico, en cuanto que afectan al y se fundamentan en el relato de la vida de los protagonistas de la discusión.

Si bien la construcción autorial de Feijoo —que han estudiado recientemente Inmaculada Urzainqui (2017), Rodrigo Olay (2018) o Joaquín Álvarez Barrientos (2019)— deja fuera en algunos de los casos su *yo* polémico (no en todos, pues Urzainqui lo aborda sin entrar en las estrategias utilizadas), este, no obstante, tiene una gran importancia en las biografías de época y posteriores, aun si aparece negado, como es el caso del panegírico de Eladio Novoa que ya se ha mencionado. El *ars polemica* del polígrafo benedictino contiene una serie de usos de este *discurso sobre el yo* que se inaugura en el XVIII que, al ser leídos en el conjunto de las disputas literarias ilustradas, arrojan luz sobre el campo literario del Setecientos español y sus rituales de enfrentamiento, ascenso y consagración.

Bibliografía

- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (2019), «Benito Jerónimo Feijoo elabora su imagen como autor», *Dieciocho. Hispanic Enlightenment*, n.º 5, págs. 19-31.
- (2021), «“Guerras de los sabios”, polémicas y nación española en el siglo XVIII. Un ensayo», *Dieciocho. Hispanic Enlightenment*, Anejo 8, págs. 9-26.
- ARADRA SÁNCHEZ, Rosa María (2021), «Las polémicas literarias en el siglo XVIII: ¿Un género historiográfico?», *Dieciocho. Hispanic Enlightenment*, Anejo 8, págs. 27-60.
- BOURDIEU, Pierre (1995), *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama.
- FABIANI, Jean-Louis (2007), «Disputes, polémiques et controverses dans les mondes intellectuels. Vers une sociologie historique des formes de débat agonistique», *Mil Neuf Cent. Revue d'Histoire Intellectuelle*, n.º 25, págs. 45-60.
- FEIJOO Y MONTENEGRO, Benito Jerónimo (1726a), *Teatro crítico*, I, Madrid, Francisco Mojados.
- (1728), *Teatro crítico*, II, Madrid, Francisco Mojados.
- (1729a), *Ilustración apologética al primero y segundo tomo del Teatro crítico*, Madrid, Francisco del Hierro.
- (1729b), *Teatro crítico*, III, Madrid, Francisco del Hierro.
- (1733), *Teatro crítico*, V, Madrid, Francisco del Hierro.
- (1736), *Teatro crítico*, VII, Madrid, Francisco del Hierro.
- (1739), *Teatro crítico*, VIII, Madrid, Francisco del Hierro.
- (1745), *Cartas eruditas y curiosas*, II, Madrid, Francisco del Hierro.
- (1749), *Justa repulsa de inicuas acusaciones*, Madrid, Antonio Pérez de Soto.

- (1750), *Cartas eruditas y curiosas*, III, Madrid, Francisco del Hierro.
- (1760), *Cartas eruditas y curiosas*, V, Madrid, Joaquín Ibarra.
- (2018), *Cartas eruditas*, II, ed. Inmaculada Urzainqui Miqueléz, Eduardo San José Vázquez y Rodrigo Olay Valdés, Oviedo, KRK Ediciones / IFESXVIII.
- (2019), *Poesía*, ed. Rodrigo Olay Valdés, Oviedo, IFESXVIII.
- [FEIJOO] (1726), Carta gratulatoria de un médico de Sevilla al doctor Aqueña, Sevilla, [s.i.].
- FERREYROLLES, Gérard (2006), «Le XVII^e siècle et le statut de la polémique», *Littératures classiques*, n.º 59, págs. 5-27.
- FOUCAULT, M. (1990), *Tecnologías del yo*, Barcelona, Paidós.
- FUMAROLI, Marc (2008), *Las abejas y las arañas. La Querrela de los Antiguos y los Modernos*, Barcelona, Acantilado.
- GUION, Béatrice (2006), «“Une dispute honnête”»: la polémique selon les modernes», *Littératures Classiques*, n.º 59, págs. 157-172.
- LILTI, Antoine (2007), «Querelles et controverses. Les formes du désaccord intellectuel à l'époque moderne», *Mil Neuf Cent. Revue d'Histoire Intellectuelle*, n.º 25, págs. 13-28.
- LÓPEZ PIÑERO, José María (1985), *Orígenes históricos del concepto de neurosis*, Madrid, Alianza.
- MAÑER, Salvador José (1731), *Antiteatro crítico sobre el tomo tercero del Teatro crítico...*, Madrid, Juan de Zúñiga.
- MARTÍNEZ MENÉNDEZ, Xaime (2023), *Redes de apoyo y resistencia a la temprana Ilustración española. Feijoo, polemista*, Universidad d'Uviéu: tesis doctoral inédita.
- NOVOA, Eladio [1765], *Oración fúnebre en las exequias que en 22 de enero de 1765 celebró el real monasterio de San Julián de Samos a su hijo el muy ilustre señor y Rmo. padre maestro Fr. Benito Feijoo...*, Salamanca, Antonio Villargordo y Alcaraz.
- OLAY VALDÉS, Rodrigo (2018), «La construcción póstuma de la figura de Feijoo: los poemas laudatorios de sus exequias fúnebres (edición del corpus)», *Creneida*, n.º 8, págs. 446-492.
- PROCHASSON, Christophe y Anne RASMUSSEN (eds.) (2007), Dossier: *Comment on se dispute: les formes de la controverse*, en *Mil neuf cent*, n.º 25.
- RAE (1737), *Diccionario de Autoridades*, V, Madrid, Francisco del Hierro.
- [RODRÍGUEZ DE CAMPOMANES, Pedro] (1765), «Noticia de la vida y obras del M. I. y R. P. D. Fr. Benito Jerónimo Feijoo», en Benito Jerónimo Feijoo, *Teatro crítico universal...*, I, Madrid, Compañía de Impresores y Libreros, págs. I-XLVI.
- SAN JOSÉ VÁZQUEZ, Eduardo (2020), «“Poco latín y menos griego”: Feijoo y las lenguas clásicas», *Cuadernos dieciochistas*, n.º 21, págs. 549-580.

- SCHOPENHAUER, Arthur (2011), *El arte de tener siempre la razón y otros ensayos*, México D.F., Santillana.
- URZAINQUI MIQUELÉIZ, Inmaculada (2017), «Feijoo y su autorrepresentación como escritor», en Elena de Lorenzo Álvarez (coord.), *Ser autor en la España del siglo XVIII*, Gijón, Ediciones Trea, págs. 51-82.
- UZCANGA MEINECKE, Francisco (2005), *Sátira en la Ilustración española. La publicación periódica El Censor (1781-1787)*, ed. revisada, Madrid, Iberoamericana.